

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL CASTILLO DE ARNEDO

POR

FERNANDO FERNANDEZ DE BOBADILLA

Resulta en extremo difícil reconstruir el pasado del castillo de Arnedo, porque no habiendo hecho los aficionados a estos estudios trabajo alguno sobre él, se carece de la base más elemental para poder hacer ulteriores investigaciones.

Aún aumentan más las dificultades, por el escaso conocimiento que se tiene de la historia de Arnedo, unida íntimamente a la del castillo,

No obstante, reconociendo la dificultad de la empresa, me he atrevido a acometerla, no con la pretensión de hacer un trabajo definitivo, sino para colocar los cimientos sobre los que puedan trabajar los eruditos.

Las noticias que del castillo voy a dar, las he adquirido inspeccionando sus ruinas, visitando los lugares y pueblos próximos, leyendo diversas obras, incluso inéditas, investigando en los archivos, y por último, oyendo y discutiendo las opiniones del Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas, Sr. Sopranis, y de otras personas competentes.

Desde el principio, voy a dar el nombre de Arnedo al pueblo; prescindiré de su identificación con Sidacia y eludiré ir dándole los nombres que ha ido teniendo, porque motivaría largos razonamientos de escaso interés para este trabajo.

SITUACIÓN DEL CASTILLO

El río Cidacos, afluente del Ebro que nace en la Sierra del Alba (Soria), se abre paso hasta Arnedillo con grandes dificultades entre enormes desfiladeros y peñascos, por lo que su cauce es tan angosto, que de mala gana cede al río en algunos sitios un trocito de él, para que los hombres cultiven algún insignificante huertecito; pero cuando pasa de Arnedillo, como ya las rocas son de blanda arena concrecionada hasta su desembocadura, salvo alguna rara excep-

ción, su cauce es ancho, en él se asienta la fértil vega, y a cada lado corre una fila de mesetas y colinas en las que hay en abundancia almendros, olivares y viñedos; como han sido formadas por el río y los barrancos, están bien alineadas, cortadas a pico en la parte que erosionaron las aguas y con declives suaves, ascendentes o descendentes, en la opuesta; pero cuando el río lleva corriendo unos 12 kilómetros entre estas peñas areniscas, rompe la monotonía del paisaje una especie de anfiteatro que tiene forma de herradura, situado a la izquierda del río y por tanto con la abertura hacia el Sur; en la parte Este de la misma se alza un cerro, cortado a pico por todos los sitios menos por el Norte, encima está el castillo; frente a él y formando el otro extremo del anfiteatro está la colina de San Miguel; dentro de la concavidad y ya desbordándose de ella se halla Arnedo; al Este del castillo y formando con él la garganta por la que desemboca un barranco, se encuentra otro alto cerro llamado San Fruchos, nombre que parece una corrupción de San Frutos, que a su vez debe serlo de San Fructuoso, supuesto titular de la ermita que dicen fué construída por los solitarios que vivían en las cuevas de aquellos contornos, y de la que no queda ningún vestigio.

Hecha una ligera descripción del teatro de los acontecimientos, empezaré a describir éstos.

ÉPOCA PRERROMANA

Arnedo, por su privilegiada situación, ha estado habitado desde tiempos remotos, pero el poblado no estaba en el mismo lugar en que hoy se encuentra, ya que hubiese carecido de medios de defensa; estaba sobre la colina de San Miguel, que en aquella época era más extensa que ahora por no haberse producido todavía los derrumbamientos en la parte Sur; hay que suponer que estaría fortificado a la usanza de la época y sus moradores usarían el cerro del castillo a lo sumo como observatorio.

Como es lógico, se desconoce quiénes fueron sus primeros pobladores, pero recientemente se han encontrado restos de cerámica de pasta negra con decoración incisa, actualmente en estudio en el Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad de Madrid, y que parecen corresponder a las épocas finales de la Edad del Bronce o a las primeras de la del Hierro.

De esos remotos tiempos hay que dar un salto de muchos siglos para encontrar en Arnedo a los berones, de cuya permanencia en la colina de San Miguel quedan testimonios, ya que aparecen restos abundantes de cerámica con la clásica decoración celtíbera de semicírculos concéntricos, etc. «Lástima grande es que los varios tesoros, hallados en diversas ocasiones en dicho cerro... no hayan ido a parar a manos de personas instruidas... así como orzas, tinajas, figuras de barro cocido y algún objeto de metal...» pues su estudio hubiera sido muy interesante.

No se conocen las vicisitudes por que pasaron estos primitivos arnedanos, pero hay que suponer que además de tener fortificado el poblado para su defensa, habían hecho lo propio con el cerro del castillo para defender el territorio de su tribu de sus vecinos los vascones, pues no hay que perder, de vista, que Arnedo era pueblo fronterizo; además, el valle del Cidacos era el paso obligado de los vascones de la región de Calahorra, para desplazarse a las tribus de los arévacos, pelendones, etc. y los berones no podían dejar desguarnecida la parte más estratégica de su territorio.

TIEMPOS ROMANOS Y VISIGÓTICOS

Toda esta región debió caer muy pronto en mano de los Escipiones, pues no se debe olvidar el carácter con que éstos llegaron a España.

Tan pronto como los romanos se dieron cuenta de que no eran dueños más que del terreno que pisaban y que se les avecinaban largas y cruentas guerras, comenzaron a reparar las vías de comunicación que encontraron y a construir otras nuevas para poder desplazar sus ejércitos con la mayor celeridad, y por el imperio de la geografía debió convertirse Arnedo, si ya no lo era, en un importantísimo nudo de comunicaciones, pues por él pasaba la calzada Calahorra-Numancia, siguiendo la margen, izquierda del Cidacos, en Arnedo debía terminar la vía que unía las rutas del Cidacos y el Alhama, camino que debía nacer en Contrebia y pasando por Grávalos, terminaba poco más o menos como la actual carretera, y de Arnedo debía partir la calzada que conducía a la fortísima ciudad de Varea.

Para justificar el paso por Arnedo de la vía Calahorra-Numancia, por Munilla, Lería y Yanguas no hay que aportar ninguna razón; en cuanto a la existencia de la calzada

Contrebia-Arnedo, parece probada relacionando el «Transitus ex Beronibus» de Tito Livio, con el campo de ruinas de Grávalos; y la existencia de la vía Varea-Arnedo se deduce claramente leyendo con atención en el Fragmento del Libro XCI de Tito Livio: «Sertorio, una vez rendida y desarmada Contrebia, (Cervera del Río Alhama?, Inestrillas?, Aguilar de Inestrillas?) apartándose del río Ebro a campo traviesa y bordeando los confines de los Bibisaones, Cascantinos y Graccurritanos vino a Calahorra y echando un puente sobre un río cercano a la ciudad, pasó y acampó allí. Llevando después el ejército por la tierra de los Vascones, puso su campamento «inconfinio Beronun». Al día siguiente, después de ordenar que la infantería le siguiese formada en escuadrones, él con la caballería vino a Varea, ciudad fortísima de aquella región». El río que pasó junto a Calahorra es el Cidacos, acampó en la orilla izquierda y después, tomando la calzada de Numancia llegó hasta Arnedo, porque aunque no lo cita, estaba como ya se ha dicho «in confinio Beronun», acampó de nuevo, pasó la noche protegido por el castillo y al día siguiente salió para Varea; como Tito Livio no dice que de Arnedo fuese a ningún otro sitio para tomar el camino que a ella conducía, es buena prueba de que partía de nuestra ciudad. Y aún puede aducirse otra razón; a los pocos metros de arrancar de Arnedo tenía necesariamente que pasar por la garganta que forman el cerro del castillo y el citado de San Fruchos, y sobre la cima de éste se encuentran trozos de tégula y de tetra sigillata, acompañados de cerámica tosca de tipo celtíbero; no puede afirmarse con certeza lo que allí había, pues los agricultores lo explanaron hace muchos años, pero no me parece aventurado afirmar que allí estaba alguna fortificación romana, destinada a ayudar al castillo, a batir algo que había en medio ¿y qué otra cosa podía ser que una calzada?

Era por tanto Arnedo, un importantísimo nudo de comunicaciones; desde el primer momento tuvieron los romanos que prestar gran atención a su defensa y la encomendaron como es lógico al castillo, reformando las obras que podían existir y edificando las que por los progresos de la época se hacían necesarias, no sabiendo en qué forma quedó porque la actual fábrica es mucho más moderna, y sobre los restos de las primeras se han acumulado en los patios varias capas de escombros, entre los que se ven trozos de ce-

rámica y huesos no humanos con abundantes cenizas, pero hay que pensar que aprovechando la gran altura del cerro y la extensión de su cima, hicieron allí una verdadera obra maestra, hasta el extremo de que para defender todo el curso inferior del Cidacos y muchas leguas a la redonda ya no tuvieron necesidad de construir ninguno más; se limitaron a levantar torres de señales en Quel y Autol para ponerlo en comunicación con Calahorra, y construyeron otras en Herce, Préjano, etc., para recibir informaciones procedentes del curso superior del Cidacos.

En esta época, el pueblo cambia de emplazamiento; de la colina de San Miguel, hoy ya casi rodeada por las edificaciones, se traslada al pie del castillo ocupando la falda Oeste. No quedan indicios de la fecha en que tuvo lugar, se ignora también si fué consecuencia de la destrucción del antiguo poblado, quizás al reconquistarlo los romanos después de alguna sublevación, acaso coincidente con la guerra celtibera, o fué motivado simplemente por una orden de los conquistadores, encaminada a hacer salir a los arnedanos de sus fortificaciones para impedir todo intento de sublevación. Nada extraño sería que hubiesen sido los mismos arnedanos los que decidieron el cambio para estar más protegidos, cosa que a los romanos no parecería mal, pues como es lógico los defensores del castillo estaban en mejores condiciones teniendo comunicación con el pueblo amurallado, por medio de galerías cubiertas de las cuales queda un pequeño trozo, aunque de época posterior, que estando aislados.

El examen de las edificaciones no aporta ninguna luz, pero la más próxima al castillo, la iglesia de Santa Eulalia, aunque de finales del siglo XV, sugiere por el nombre de su titular y por lo que dice la tradición, grandísima antigüedad, y como su fábrica no la tiene, hay que suponer que lleva ese nombre, por haber reemplazado a otra iglesia que allí había, y que por los muchos siglos que tenía, resultaba ya pequeña para el pueblo que había crecido mucho.

Más consecuencias pueden sacarse teniendo en cuenta que el monasterio de San Miguel, se levantó sobre la colina que desde entonces lleva ese nombre, probablemente en el siglo IV, y que los solitarios o monjes llenaron su cima de sepulturas, que aún existen, y las taparon con tierra en la que había mezclados multitud de trocitos de cerámica, res-

tos del pueblo desaparecido. Y que el moro Rasis dice el año 976 que «Arnedo es muy antigua villa» y es bien seguro que el moro no tenía conocimiento del antiguo emplazamiento y sienta esa afirmación atendiendo al segundo.

De hechos de armas en los que tomó parte el castillo durante la dominación romana, solamente he visto algunas referencias generales, y lo mismo de los que pudieron tener lugar en el dominio de los visigodos, por lo que tengo que dar un salto, dejando abiertas unas lagunas que acaso se cierren si los arqueólogos estudian los escombros que mezclados con abundantes cenizas, huesos, cerámica etc. se han ido acumulando en sus patios.

DOMINACIÓN ARABE Y RECONQUISTA

Poco trabajo debió costar a los árabes apoderarse de Arnedo y su castillo, dada la desbandada que se organizó después de los primeros encuentros, pero una vez en sus manos, ya supieron sacar partido de él, porque el citado Rasis dice en su Crónica que «Alrededor de Tudela hay muchas villas y muchos castillos y muy fuertes, de los cuales es uno Arnedo, y cuando España de moros era, era Arnedo su escudo contra los cristianos».

Como los árabes en esta región no levantaron nuevos castillos, el de Arnedo seguía siendo de excepcional importancia para defenderla y a ello hay que atribuir que cambiase tantas veces de dueño.

Después de varias vicisitudes, como consecuencia de la batalla de Clavijo, D. Ramiro recuperó Arnedo, y mandó dejar fuerte guarnición en su castillo.

No tardó mucho en apoderarse de él Muza ben Muza, gobernador de Tudela, cayendo en sus manos toda la Rioja, pero lo derrotó D. Ordoño I y fué depuesto por Abderramán II. Irritado Muza se rebeló contra el Emir, éste mandó contra él un ejército a las órdenes de Alharets, gobernador, de Zaragoza, que puso sitio a Tudela; viéndose cercado por todas partes, hizo proposiciones de paz y entregó la ciudad. En tan lastimosa situación, Muza, que debía ser arnedano, buscó refugio en su pueblo, pero Alharets comenzó a hacer los preparativos necesarios para sitiar el castillo, y una vez rendido apoderarse de él. Noticioso Muza pidió auxilio a García, rey de Navarra o gobernador de Pamplona, pues los historiadores no se ponen de acuerdo, acudió este a soco-

rrerlo, ya que debían ser parientes, pues parece que Muza estaba casado con una hija suya, juntaron sus huestes, y a la sombra del castillo esperaron con tranquilidad los acontecimientos.

Al saber que se acercaban los enemigos, se emboscaron en un sitio que los historiadores árabes llaman Tsalma y dicen que estaba sobre un río, que no citan, pero era el Cidacos, cayeron de improviso sobre el sorprendido Alharetz, que los creía dentro de la fortaleza, lo rodearon por todas partes, lo hirieron de una lanzada, perdió un ojo y cayó prisionero.

Este suceso fué el comienzo de la época floreciente de Muza, pues se alió con los reyes de Navarra y Asturias; se apoderó de Zaragoza, Huesca, Tudela, la Rioja... y se proclamó a sí mismo tercer rey de España.

No doy las fechas en que tuvieron lugar estos acontecimientos, porque nuestros historiadores y los de los árabes no coinciden en ellas, pero tuvieron lugar entre los años 842 y 859.

Sancho Garcés I ocupó Arnedo el año 908 o 909, al extender sus dominios hasta Nájera y Tudela; pero el año 913 reaccionan los árabes y Tsaguer conquista Calahorra, el mismo día pretenden tomar Arnedo, pero resiste el castillo todos los asaltos y por fin son derrotados.

El año 920 el caudillo árabe el Amir, une sus fuerzas a las de Mohamed ben Lob y se dirigen a Calahorra, donde residía el rey Don Sancho, el cual al enterarse de ello y no creyéndose seguro, la víspera de que llegasen se refugió en el castillo de Arnedo; no se atrevieron a atacarlo los árabes y siguieron Ebro arriba hasta Sartaguda; noticioso Don Sancho de que el Amir ya de regreso, atravesaba el Ebro, salió del castillo de Arnedo para entablar batalla y tan pronto como avistó a las fuerzas enemigas se arrojó sobre vanguardia, pero como ésta estaba formada por la gente más aguerrida, recibió a los cristianos con tal nube de dardos, que los puso primero en desorden y luego en fuga, los persiguieron los árabes y causaron una matanza horrorosa. No faltan historiadores que atribuyen la derrota, a una enfermedad de Don Sancho que le obligó a poner al frente de su ejército a su hijo Don García.

Este mismo rey debió perder Arnedo al derrotarlo Galib, general de Alháquem II el año 964.

Y aún hubo otras conquistas y pérdidas, hasta que los musulmanes fueron definitivamente expulsados de la región.

APARICIÓN DE LOS PRIMEROS SEÑORES DE ARNEDO

El hecho de que en esos tiempos existiese el señorío de Arnedo, tiene importancia suma para ver el poderío del castillo, pues siendo el pueblo insignificante y su riqueza escasa por las desfavorables circunstancias que para crearla concurrían, es evidente que el señorío estaba asentado sobre el castillo, y que el señor era ni más ni menos que el castellano o habitante del castillo, y por tanto el encargado de su custodia y defensa, y con este carácter nos presentan a los célebres hermanos don Froilano y don Alonso el Católico en el siglo VIII; yo no me atrevería a afirmar que no sea algo legendaria la existencia de estos señores, pero rigurosamente histórico es que en ese mismo siglo, era señor de Arnedo Fortún, abuelo del célebre Muza ben Muza, y a este siguieron otros Fortúñez. No obstante, en la escritura Donatio in Noceta otorgada el 6 de febrero del año 928, entre otros testigos firma el señor de Arnedo Velasco Licurt, que no debe ser de los Velascos de Castilla, sino de los de Navarra. Claro que el 963 ya figuran otra vez los Fortúñez con Fortún Sánchez, que hace donaciones al monasterio de San Prudencio.

En 1029 es señor Iñiguez Fortúñez, y en la Carta de Arras de la reina doña Estefanía, año 1040, figura Fortún Oxis como testigo y señor de Arnedo; a éste siguió Exiimo Fortuñones, y poco después, por el testamento de la reina citada, se ve que le había sucedido en el señorío Jimeno Fortúñez.

Otros muchísimos siguieron a éste, pero no los cito aunque lo mismo que sus antecesores fueron importantes personajes, para no alargar demasiado estos apuntes.

EL CASTILLO Y LAS LUCHAS ENTRE LOS REYES CRISTIANOS

Muerto Almanzor y decaído considerablemente el poderío musulmán, para resolver sus contiendas, se lanzaron los reyes cristianos a luchas fratricidas que retrasaron considerablemente la total expulsión de los árabes.

Ante el cúmulo de vicisitudes por las que pasó el castillo, que tienen escasa importancia y alargarían demasiado

este trabajo, me detendré sólo en los sucesos más salientes: Perteneció Arnedo al navarro García el de Nájera, hasta que muerto en la batalla de Atapuerca, pasó a poder de su hermano Fernando de Castilla en el año 1054. Pero desde 1067 aparece otra vez Arnedo como propiedad del navarro Don Sancho el de Peñalén, cuya muerte en 1076 aprovechó Alfonso VI de Castilla para adueñarse de la Rioja.

A consecuencia de la desdichada unión de Doña Urraca con Alfonso I de Aragón, y de las contiendas que sucedieron, Arnedo pasó a manos del aragonés. Por cierto que la escritura de concesión de los fueros de Sobrarbe por el rey citado, a los pobladores de la ciudad de Tudela, y a los pueblos de Cervera y Galipienzo en la merindad de Sangüesa, año 1117, la firma: Senior Alfonsus in Arneto (Arnedo). El lector sacará las consecuencias que estime oportunas.

Pero a su muerte, eligieron los navarros por rey a García Ramírez, y los aragoneses a Ramiro II, y aprovechando el castellano Alfonso VII las favorables circunstancias, atacó al primero y le arrebató entre otros castillos el de Arnedo. Don García no lo pudo recobrar hasta que se hizo feudatario del castellano.

Desde esta fecha, Arnedo y pueblos fronterizos parecen juguete de los reyes, como dice muy acertadamente un historiador; no obstante, procuraré seguir los acontecimientos más salientes.

Parece que Alfonso VIII de Castilla entregó en rehenes el castillo de Arnedo, a Alfonso II el Casto de Aragón, en el concierto que hicieron ambos en 1174.

Algunos historiadores dicen que Alfonso VIII tomó Arnedo cuando entró por la Rioja, pero que después tuvo que devolverlo en el arbitraje que falló Enrique de Inglaterra.

En 1179 volvió a tomarlo Don Alfonso.

No estaba conforme el navarro Don Sancho el Sabio con este despojo, y aliándose con los reyes de Aragón, León y Portugal, intentó la reconquista de sus estados; ya parece que habían tomado los caballeros navarros el castillo de Arnedo, cuando por aliarse el rey de León al castellano, tuvieron que desistir de su empresa.

Pero parece que en 1207, Alfonso VIII lo entregó al navarro Sancho el Fuerte.

Nuevamente volvió Arnedo al dominio de Castilla, pues consta que San Fernando poseyó pacíficamente este territo-

rio, y aún más, las fuerzas de Arnedo que mandaba Juan Domínguez, y que acudieron a la conquista de Sevilla, no formaban parte de las tropas aragonesas o navarras, sino de las castellanas.

Para seguridad del Pacto de Soria de 1256, Alfonso X el Sabio entregó a Jaime I el Conquistador, el castillo de Arnedo y otros cuatro más; pedía Don Alfonso que Don Jaime cumpliera lo pactado, lo que éste difería con evasivas que irritaron a aquél, quien se contuvo para evitar mayores males, y principalmente por la guerra que intentaba contra los moros; por fin, en 1262, Don Jaime entregó el castillo de Arnedo y los otros cuatro, a Don Alonso López de Haro, y para que los tuviese en fidelidad, le alzó el homenaje con que estaba obligado a los reyes de Castilla.

Después de los turbios manejos de Don Alonso López de Haro, a los que hizo fracasar el príncipe Don Sancho, Arnedo volvió a la corona de Castilla, gozando ya de tranquilidad durante un siglo.

DE LAS LUCHAS DE PEDRO I Y ENRIQUE DE TRASTAMARA, AL SIGLO XV

Al estallar las contiendas entre Pedro I el Cruel y el bastardo Don Enrique, Arnedo parece que se puso de parte de éste, pero no falta quien afirma que sostuvo largo tiempo la guerra a favor de Don Pedro «porque aunque pequeño, tenía una fortaleza inexpugnable en aquellos tiempos».

Pedro I, en la alianza que concertó con el navarro Carlos II el Malo, le prometió a cambio de su ayuda, darle los territorios que habían pertenecido a Navarra, entre los que se encontraba Arnedo, pero la entrega no tuvo lugar, porque el felón Carlos estaba a la vez en negociaciones con Trastámara y Du Guesclín.

Consumado el regicidio en 1369, para consolidarse en el trono Enrique II, que se veía combatido por poderosos enemigos, comenzó a desprenderse de tierras y numerario. La primera recompensa fué para Beltrán Du Guesclín, que recibió en donación entre otros importantes lugares, Arnedo, que ya había crecido bastante y tenía 400 vecinos, respetable cantidad para un pueblo en aquellos tiempos; pero no queriendo pagar el pecho al héroe bretón, muchos abandonaron la villa.

Parece que Du Guesclín vendió Arnedo a Don Pedro de Velasco; por esta u otra razón, tanto éste como sus descendientes fueron señores de él y las únicas noticias que ya podría aportar del castillo en mucho tiempo son las sucesivas transmisiones y mayorazgos de los miembros de tan ilustre familia; por vía de ejemplo citaré un caso: el 14 de abril de 1458, el Condestable de Castilla Don Pedro Fernández de Velasco y su esposa Doña Beatriz Manrique, fundan para su hijo Don Sancho «un mayorazgo sobre la villa de Arnedo, sobre su fortaleza, vasallos, términos y aldeas».

Don Sancho quizá por lo incómodo que resultaba vivir en el castillo dada su altura, construyó fuera de las murallas un grandioso palacio, del que era oratorio la actual parroquia de Santo Tomás, y al que iban por un subterráneo recientemente descubierto. El palacio tuvo unos dos siglos de vida, y el oratorio ha sufrido multitud de transformaciones.

SIGLOS XVI AL XVIII

No descuidaron los Velasco la conservación y custodia del castillo; al parecer en todo tiempo tenía Arnedo que poner en él velas y guardas; para librarse de esta obligación la villa llegó a un concierto con Don Sancho de Velasco, señor de ella, y éste les quitó la citada obligación mediante el pago que le hicieron de doscientos mil maravedís, el 18 de mayo de 1512.

Por los años de 1575 era alcaide de la fortaleza Rui Diaz de Fuenmayor; hasta esta época el pueblo no comenzó a extender fuera de las fortísimas murallas de que estaba rodeado, y de las que ya solo queda una de las cuatro puertas: la del Cin!

Paulatina e ininterrumpidamente, continuó el crecimiento del pueblo, las murallas comenzaron a desmoronarse, y lo mismo ocurriría con el castillo, aunque su destrucción sería mucho más lenta, ya que por no impedir la expansión del pueblo, no contribuían los hombres a acelerar su ruina.

Como esta región estuvo ausente de las sublevaciones que a partir de 1640 ensangrentaron España, no se prestaría gran atención al castillo, que iría desmoronándose poco a poco.

No obstante, en los primeros años del siglo XVIII no debía estar destruido por completo, pues los prisioneros que

en la guerra de Sucesión trajeron a Arnedo, debieron ser encerrados en él.

Uno de ellos, llamado Luis Vargols, natural de Malinas, falleció en el Hospital el 7 de junio de 1707, y allí fué enterrado.

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA A NUESTROS DÍAS

No se tienen noticias de que en la guerra de la Independencia prestase el castillo ningún servicio militar, pero los franceses fusilaron al pie de él, 28 jefes y oficiales pertenecientes al segundo batallón Rioja, que habían hecho prisioneros en Muro de Aguas, suceso que debió tener lugar el 14 de febrero de 1812.

Ante el temor de un avance de los carlistas por esta región, el año 1837 fué «reparado y fortificado» el castillo, para cortarles el paso por el valle del Cidacos, pero todos los trabajos fueron inútiles, ya que los ejércitos de Don Carlos no hicieron acto de presencia.

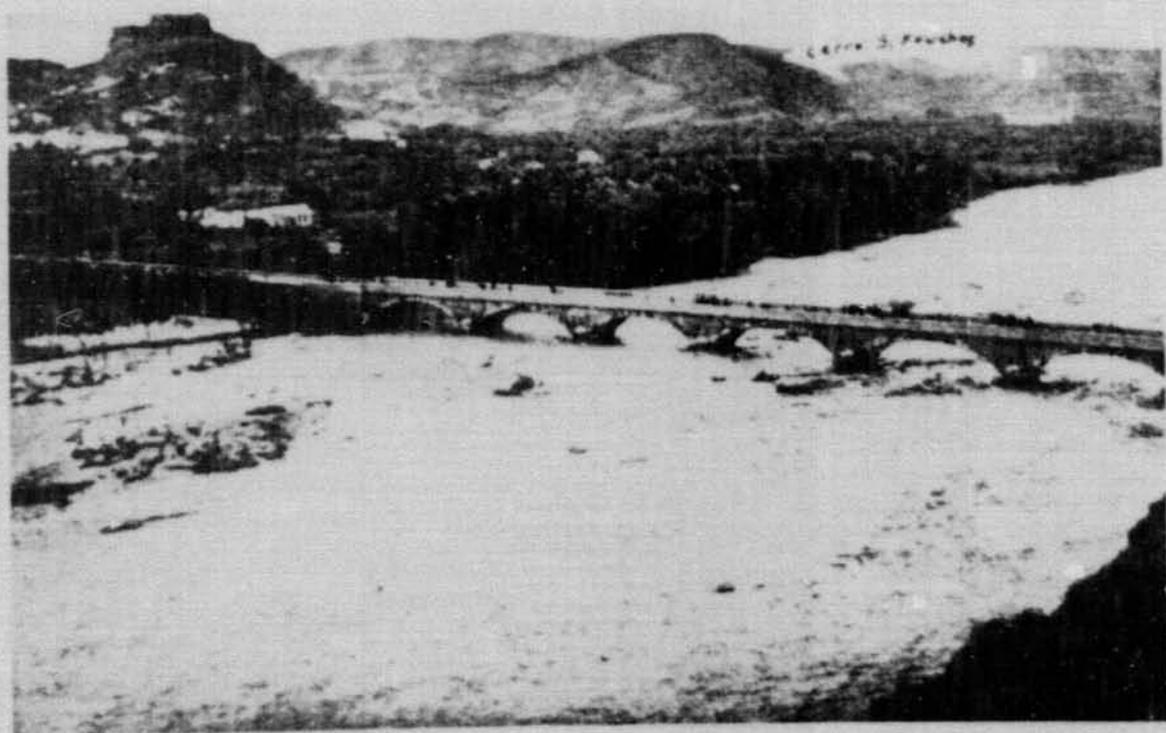
En realidad, más que una reparación lo que hicieron fué una reconstrucción; convirtieron la cima del cerro en dos grandes patios empedrados, quedando el del Este un poco más alto y levantando en él la casa-cuartel, limpiaron el gran aljibe que había en el patio del Oeste, repararon la fortísima torre del Norte, adaptándose a la forma irregular del cerro, sobre antiguas ruinas, levantaron un fuerte lienzo por el Este y el Sur y aspilleras y garitas por el Oeste, empleando para todas estas obras, principalmente piedra que extrajeron del río.

También parece que reconstruyeron el tunel o galería cubierta que arrancando del pueblo, ascendía por el Oeste del cerro hasta el castillo, y terminaba en el mismo sitio donde estaba la puerta de entrada; seguramente habría una escalera hecha en la misma roca, pues de lo contrario no se hubiera podido subir por una pendiente tan pronunciada.

Hasta el año 1870 estuvo en buen estado, pero ya entonces comenzó a caerse el lienzo Sur; años después el Ayuntamiento mandó desmontar la casa-cuartel para aprovechar materiales; en la actualidad ya no quedan mas que ruinas, que pregonan a los cuatro vientos, el fin de las más grandes obras humanas.



ARNEDO. Vista parcial, la refina de San Miguel y el Castillo



ARNEDO. Puente sobre el Cidacos, el Castillo y el cerro de San Fruchos